

SALVAMENTO DEL CUTTER «CHABUNCO» EN DAWSON

Por

Manuel MORENO Morales
Capitán de Corbeta (OM)
Armada de Chile

Puerto Harris, en Isla Dawson, longitud 70° 27' weste, latitud 53° 50' sur, 08.00 horas del día 24 de diciembre de 1962. Se presenta un emisario del Capitán del cutter "Chabunco" al Destacamento Naval de esa Isla, comandado a la fecha por el suscrito. El hombre había caminado toda la noche a través de la Isla, de unos 30 kms. de anchura en esa parte, de topografía montañosa y boscosa y con un violento temporal de viento y lluvia.

Venía a pedir auxilio a la Armada, pues su buque había sido levantado por la mar y prácticamente depositado sobre unas rocas altas que hay en la ribera este de la Bahía Lomas. El buque aparentemente no había sufrido daños y la tripulación estaba a salvo en tierra.

Con todos estos antecedentes, me puse en comunicación radiotelefónica con la Comandancia en Jefe de la III Zona Naval y la Gobernación Marítima, ambas con asiento en Punta Arenas.

La Comandancia en Jefe de la Zona ordenó al ATA. "Cabrales" que navegaba en las cercanías al mando del Comandante Rebolledo, que fuera en auxilio del buque varado, pero el mal tiempo y el bajo fondo, sumados a la posición en que se encontraba el cutter, le impidieron toda maniobra para desvararlo; pero sí, después de una ardua faena con embarcaciones menores, se logró trasbordar al "Cabrales" el cargamento de centollas que portaba el cutter en el momento del accidente, carga que fue entregada sin novedad en Punta Arenas.

Apreciada la situación en este punto por el Comandante del "Cabrales", y el Capitán del cutter, se consideró que la ayuda debía hacerse por tierra y se me ordenó por radio que procediera de inmediato. Después de una conversación por radiofonía desde el "Cabrales" con el Capitán Matamala, del cutter, llegamos a la conclusión que la única manera de salvar el buque consistía en levantarlo y posarlo sobre palos, a manera de anguilas, para después deslizarlo a la mar. A mi destacamento correspondía aportar las herramientas y un par de hombres. El bosque pondría la madera.

De inmediato nos pusimos manos a la obra, eligiendo de entre mis hombres los dos más idóneos para la faena a ejecutar, designación que recayó en el Cabo I. M. Julio Burgos y el Cabo (Art.) José Sánchez. Conseguimos que el Administrador de la estancia de la Isla nos facilitara dos caballos ensillados y otros dos convenientemente atalajados para "cargueros". Y fue así como alrededor de las 16.00 hrs. de ese día víspera de Navidad, bajo un furioso temporal de viento y nieve, despaché a mis hombres convenientemente instruidos, montados en sendos caballos, llevando cada uno de tiro un "carguero" que portaba víveres y herramientas, entre las que se contaban serruchos, martillos, clavos, cuatro buenas hachas, azuelas y dos poderosas y adecuadas gatas de artillería, capaces de levantar 15 toneladas cada una. Era la Armada que llevaba ayuda a un grupo de chilenos que la necesitaba con urgencia.

La travesía de la Isla debían hacerla por un pequeño sendero a través del bosque y la montaña, guiados sólo por un plano hecho por mí a mano alzada, asesorado por un ovejero de la estancia. De todos modos la consigna era "navegar" siempre hacia el weste, hasta encontrarse con la costa de la Bahía Lomas y seguir por su ribera hacia el Norte, hasta llegar a su destino, lo que ocurrió en las primeras horas del día siguiente (me permito recordar que en esa fecha del año y en esa latitud, la noche prácticamente no existe).

Una vez llegados al sitio del accidente, formando equipo con la pequeña tripulación y dirigidos por el Capitán Ma-

tamala, pusieron manos a la obra. Derribaron árboles, los necesarios y de características adecuadas, los cantearon y arrastraron hasta el costado del buque, faena para la cual los caballos fueron de gran utilidad. Todo esto combinado con la baja marea que les permitía llegar hasta el buque.

Cuando tuvieron los materiales necesarios junto al buque, procedieron a levantarlo de a poco utilizando las gatas y maderas, hasta lograr posarlo sobre las anguilas hechas así "a la chilena", robándole árboles a la montaña.

Una vez que todo estuvo dispuesto y las anguilas convenientemente engrasadas, aprovechando la alta marea el "Chabunco" fue deslizado a la mar con ayuda de las gatas que pueden trabajar tanto en el plano vertical como en el horizontal.

La faena había durado cuatro días con sus "noches", pero el buque había sido salvado sin sufrir ningún daño.

Al quinto día y cuando ya inquieto por la tardanza (pues no tenía comunicación con el cutter) me alistaba para salir al mando de una patrulla en busca de mis hombres en comisión, los vimos llegar —hambrientos, sucios y cansados, pero contentos y con la satisfacción del deber cumplido reflejada en el rostro— y decirme: "Cumplida la misión sin novedad, mi Teniente. El buque fue desvarado". No me correspondía otra cosa que felicitarlos y dejar constancia en su Hoja de Vida, y así lo hice.

El informe en detalle de la tarea que me dio el más antiguo de los Cabos, fue ratificado posteriormente en todas sus partes por el Capitán Matamala.

Al día siguiente tuvimos —todo el Destacamento— la satisfacción de ver entrar al Puerto al "Chabunco", navegando por sus propios medios. El Capitán Matamala con su pequeño buque había navegado 40 millas alrededor de la Isla para llegar a Puerto Harris a agradecer a la Marina de Chile —representada allí en ese lejano rincón de la Patria por nuestro Destacamento— la colaboración prestada, ayuda que le había permitido recuperar intacto su buque, que en un principio creyó irremediabilmente perdido.